

DE ACTUALIDAD



Ni sombra ni rocío

En aquella narración enjuta y sarmentosa, de una toda igualdad solemne y romancesca que es la del año—como un roble—capitán Bernál Díaz del Castillo—galán en sus mocedades según nos dice—cuando contaba al ocaso del sol de su vida los sucesos de la conquista de la Nueva España, bajo Cortés, hay de pronto en un pasaje que es como de los páramos nativos—tierras de Medina del Campo—del autor, algo parejo a un álamo señero a la vera de un regato agostado cuando se camina al resistir de por Santiago. Y es cuando dice que “hay en este pueblo (Naco) la mejor agua que habíamos visto en toda la Nueva España y un árbol, que en mitad de la siesta, por rocío sol que hiciese, parecía que la sombra del árbol refrescaba el corazón y caía del uno como rocío muy delgado que confortaba las cabezas.”

En esta vieja, no ya nueva, España hemos querido alguna vez acostar el cuerpo sobre la madre tierra, a refrescarnos el corazón y confortarnos la cabeza, al pie de una de esas graves encinas castellanas, como de verde hierro forjado, inmóviles al viento, y nos ha caído de su copa, por entre la candela, alguna lagarta que nos escoció el pellejo. Todo menos rocío; todo menos la saliva de ese beso a toda boca, silencioso y húmedo y largo y apretado, del cielo a la tierra.

¡Hay tan pocos árboles de abrigo como aquel grandísimo tejo de Puente deume, con sus dos andares entre las robustas ramas siempre verdecidas!

¡Y es tan triste, y más cuando se va a la tierra del poniente, tener que andar sacando al corro lástimas y alumbrando pus y podre del cuerpo de la vieja madre España! ¡Mas qué le hemos de hacer! Ya aquel soldado portugués al servicio de S. M. católica el rey don Felipe IV, de Habsburgo, contra los catalanes cuando historió los movimientos, guerra y separación de Cataluña, dejó dicho para siempre: “Hablo de las acciones de grandes príncipes y otros hombres de superior estado; lo pri-

mero se excusa siempre que se puede, y cuando se llega a hablar de los reyes, es con suma reverencia a la púrpura; pero esa es condición de las llagas, no dejarse manejar sin dolor y sangre”. ¡Y cómo recordamos la manera altisonante y firme con que nuestro buen maestro don Marcelino nos declamaba, que no leía, en clase ese y otros pasajes del gran historiador portugués en castellano!

Ni sombra de árbol que nos refresque el corazón ni rocío delgado que nos conforte la cabeza y de consuno puedan defendernos del escorzor de las llagas. Y por donde quiera lagartas, orugas de esas que se comen la fronda y ahogan el fruto. ¡Y es terrible oírles el devoramiento! Porque se les oye, y es en el campo un susurro áspero. ¡Y ver luego a las encinas mustias, pálidas y como despelujadas...! Da grima.

Y no hay modo de entendernos, ¡no! Nuestras lenguas son, con palabras equisónicas, del todo diferentes y ni cabe truchimán entre nosotros. Conservamos unas cartas del difunto señor Dato—Dios perdone a los que le llevaron a una muerte absurda—que nos son un misterio. Parecen claras, clarísimas, transparentes y no dicen nada, menos que nada; se ve en ellas unos labios finos y exangües que palpitan como para decir y es luego como si lo hicieran donde no hay aire que encarne la palabra. Y se sufre viendo aquello. Y así con otras cartas que de otros gobernantes guardamos. No están más que escritas.

Ni podemos entendernos, pues que acaso no fuimos heñidos todos en el mismo barro aunque nos entre por las narices el mismo soplo de vida del mismo Dios (Gén. II, 7). A unos se nos hizo de arcilla, a otros de arena, de cal a algunos. Sí, sí, esos que creen haber dicho algo con decir que una pena bellacamente indultada no era infamante—para el que la falló sí que lo era—están hechos de arena. Lo que no es decir que sean peores que si lo estuviesen de arcilla, de mantillo o de cal; son de otro modo. Las tierras arenosas son más ligeras y más frescas. Pero son también las que hacen tel desierto.

Cantaba Cristina Rossetti, la poe-

tisa inglesa de sangre italiana: “Escarbé que escarbarás entre la nieve y pensé que las flores jamás nacerían; escarbé que escarbarás entre la arena y no me vino todavía a mano cosa de verdura. ¡Fúndete, nieve! Soplan los vientos tibios a desentumecer las flores y fundir la nieve; pero los vientos todos de cualquier tierra no sacarán de la arena flor”.

No, no hay viento por tibio que sea, ni el ábrego huracanado de la revolución, que saque flor de justicia del alma de arena—fresca a tiempos y a tiempos encanecida—, de los políticos de la eficacia pragmática y de la servilidad conservadora. Y nada de rocío que nos conforte las cabezas.

¡Qué torturador achicharradero el de este campo de batalla que es hoy el desgarrado regazo de la vieja abuela España! ¡Y aún se habla de riegos! ¡De hidráulica! A falta de agua bautizan los sarracenos con arena. Y en una reciente circular de la Fiscalía Suprema a sus criados—lamentables servidores que han de empeñar su criterio moral propio—se llegaba a estampar expresiones que en un país civilizado y cristiano serían un sonrojo. Y que para fruto de demencia senil se pasaban de la raya.

¡Y aún se habla de apaciguamiento de los espíritus por parte del Gobierno mientras el Sobregobierno, la Empresa Maese Pedro y Compañía habla de “venganza”! Esto es aguerimiento de los espíritus. ¿Qué se ha perdido el respeto a la autoridad? Es la autoridad oficial, la que hablando de venganza, no se respeta a sí misma y por ende no se da a respetar.

De sombra refrescante y de rocío confortador... ¡ni pizca!

MIQUEL DE UNAMUNO